

Miriam fuma y mira ensimismada las florecillas en la blusa de una chica que había conocido esa tarde gracias a Momo.

Tanto le gustará, la camisa, que le preguntará dónde la había comprado.

Como la respuesta será que en el rastro por un euro, eso la conmocionará, haciéndole plantearse incluso dejar su trabajo furiosa por sentir que ha vendido durante más de veinte años su alma al diablo a cambio de trapos que no tenían el mínimo valor.

Finalmente lo hará.

Tardará unos meses en decidirse, casi un año.

También le costará convencerse a sí misma de que está enamorada de la chica de la camisa, Marisa, de la que no se despegará prácticamente el resto de su vida.

Llegarán incluso a mantener relaciones amorosas.

Aunque como ella querrá formar una pareja estable, más convencional dentro de lo que cabe, y su amiga se negará, pues valora demasiado la libertad, la relación no cuajará.

Gracias a ella conocerá en breve lo que significa emanciparse y ser capaz de pensar por uno mismo en función de lo que vemos, escuchamos o leemos.

Entonces, como Marisa, se volverá una persona mucho más atractiva a los ojos de los demás.

Tras superar el miedo atroz que le producía reconocer su homosexualidad, se sentirá más segura de sí misma.

Dejará de morderse las uñas, pero no de fumar.

Seguirá hasta la vejez compartiendo con su hermana un viejo piso en Huertas, pues se trata de una propiedad familiar.

Al menos, todas las penurias económicas y morales que habían soportado sus padres para comprarlo, servirán para que ella pueda dedicarse a escribir precisamente contra la hipocresía y la maldad de la vida doméstica de las parejas falsamente heterosexuales.

Gracias a todo el tiempo que ganará al dejar de invertir su energía en materias textiles, podrá salir de la tela de araña en la que las mujeres caen como moscas.

Descubrirá también el porqué.

Tras años de lecturas y reflexión, se dará cuenta de que la homosexualidad femenina reprimida ha sido empleada por el consumismo como medio de hacer desear las prendas con las que se cubren los cuerpos deseados.

Del mismo modo, la potencia de los coches compensará la impotencia y la frigidez mortal que sufren los hombres frente a las mujeres de carne y hueso.

Eso explicaría el éxito de las revistas femeninas y de la publicidad.

Llegará a la conclusión de que no necesitaba en absoluto gastarse dinero en ropa, porque eso sirve únicamente a las mujeres burguesas para mostrar a los hombres su concidión económica privilegiada, y encontrar maridos interesados en su dinero para gastárselo en coches de lujo.

La farsa representada por ambos géneros dentro de una sociedad consumista nutrida de sexualidades falsas e insatisfechas, le servirá como argumento para sus experimentos literarios.

Marisa será su maestra, por haber estudiado filología.

Le mostrará la literatura de las mujeres de la rive gauche, lesbianas declaradas sin prejuicios antes de la primera guerra mundial, y tratará de seguir su estela tras cien años de paréntesis.

Nunca olvidará aquel 15 de mayo, y muchos años después, dado que guardará como recuerdo la camisa que llevaba ese día su amiga Marisa, se encontrará fumando y observándola ensimismada.